EL DESASTRE DEL 98 EN LA LITERATURA

Clara María Molero Perea

Universidad de Alcalá

Introducción

La literatura española, que tras el bache del siglo XVIII había alcanzado un alto nivel en el último cuarto de la pasada centuria, experimentó, al llegar el siglo XX, un extraordinario florecimiento que autoriza casi a hablar de un "segundo siglo de oro", gracias a la acción de tres generaciones sucesivas separadas por intervalos de diez a quince años: la 1ª, que agrupa a poetas modernistas y a los prosistas del 98 –cuya figura capital es Unamuno–; la 2ª, la de Ortega –que da sus frutos iniciales hacia el comienzo de la primera guerra europea– y la 3ª, la que –con García Lorca– comienza su obra en la tercera década del siglo.

En 1898 tiene lugar el desastre militar de Cavite y Santiago de Cuba, por el que España pierde sus últimas colonias ultramarinas. Los luctuosos sucesos de este año han sido considerados por algunos como la causa que habría dado lugar al grito de protesta de los escritores definidos más tarde como "los hombres del 98". La protesta contra la política responsable de lo ocurrido y el deseo de una reforma radical en España existió, en efecto, pero su motivo fundamental no fue la derrota sino el descontento frente al ambiente político, social y cultural del país.

Como dice Azorín, "no podía el grupo permanecer inerte ante la dolorosa realidad española. Había que intervenir". Pero la corriente de doctrinas regeneradoras no motivó la catástrofe nacional. No hizo más que avivarla.

El desastre agudiza en unos y otros la repulsa hacia el estado de cosas que lo ha hecho posible y el anhelo de un cambio rotundo en la vida española.

La actitud espiritual de los escritores del 98 contrasta vivamente con la de la época de la Restauración y ofrece notables coincidencias con la que adopta Europa hacia estos años. Azorín ha aludido a su "idealismo exaltado";

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

idealismo, frente al materialismo positivista del periodo precedente, exaltación frente a su concepto burgués del arte y de las cosas.

En este breve trabajo intento esbozar algunos aspectos importantes que influyeron en nuestros escritores y me detengo en tres que jugaron un papel decisivo: Pío Baroja, Valle-Inclán y el polémico Echegaray.

En 1898 Vicente Blasco Ibáñez publicaba *Cañas y barro* y ya era un ídolo para la menestralía popular valenciana que leía el periódico *El Pueblo*.

Este autor no era un soñador, alejado de los intereses colectivos. Denunció el desastre filipino de Cavite y menos de un mes antes del desastre de Cuba escribía en la revista *Vida Nueva* (julio 1898):

> "En un mundo donde existe la mujer, copa de felicidad jamás vacía por mucho que se apure y cuyos ojos brillan con el ardor de la primavera; donde el vino chisporrotea en la copa de cristal con su corona de irisados brillantes; donde los bosques tienen flores que perfuman y trinos envueltos en plumajes voladores que saltan de rama en rama; donde el cielo, con las transparencias de la rosa y los cambiantes del nácar, ofrece la más hermosa de las tiendas para cubrir los delirios del amor, de la única verdad que encontró el doctor Fausto después de estudiar tanto; en un mundo tan bello, los hombres consideran la más digna y honrosa de las profesiones hacerse polvo a cañonazos por si cuatro pedazos de la tierra han de estar protegidos por una bandera de un color u otro."

Miguel de Unamuno pasó parte del dramático mes de junio en una finca de Vitigudino, procurando no leer siquiera los periódicos, impregnándose del paisaje y alimentándose del paisaje salmantino. Y poco después, en su artículo "El negocio de la guerra" equiparó los intereses burgueses de España con los de los plutócratas norteamericanos que pensaban subir el precio del azúcar mediante la previsible destrucción de la zafra cubana. El autor les contaba a sus lectores:

> "...es lo cierto que las guerras suelen ser una sangría que alivia las crisis del capitalismo a expensas de la salud general del organismo social entero..."

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

Merece la pena leer el impresionante artículo "La vida es sueño (reflexiones sobre la regeneración de España)", que apareció en *La España Moderna* en noviembre de 1898 y que vino a ser como un eco reflexivo de aquel famoso "¡Muera Don Quijote!":

> "Cuando estalló la guerra, los españoles conscientes, los que saben de esas cosas de Historia y de Derecho, y de Honra nacionales, les quitaron muchos hijos, a quienes sus padres vieron ir con relativa calma, porque era una salida, porque muchos hubieran tenido que emigrar (...). Y ahora le van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarle otra vez de su sueño secular (...). Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida, si en ellas peregrinan más pacíficos por el mundo los idiotas, mejor es que las naciones agonicen."

Hay que buscar mucho para encontrar en la literatura joven del 98 los reflejos directos de la contienda: apenas tres artículos de Azorín se refieren a la guerra y sólo hace alguna velada alusión en Pío Baroja. Los escritores mayores, educados al cabo en el patriotismo más retórico del XIX, sintieron el Desastre, sin embargo, de un modo más convencional, y hay huellas emotivas de él en cartas de Galdós, Valera o Menéndez Pelayo.

Conservamos un testimonio personal único de un español joven que vivió desde su entraña la guerra colonial: Manuel Ciges Aparicio tenía 25 años en 1898 y, un año después, publicó en *Vida Nueva* sus "Impresiones de La Cabaña (memorias de 28 meses)". Enmendadas y ampliadas, aquellas notas se convirtieron en el volumen *Del cautiverio*, libro que Valle-Inclán tuvo por unos de los mejores ejemplos de prosa española del siglo. Las escenas de esas estancias son casi dostoievskianas: el recuerdo de la miseria del campo de los nativos "reconcentrados" por el general Weyler; la descripción del incendio (por tropas españolas) del bohío donde una mujer arde como una pavesa a la vista de sus hijos; el festín carcelario donde los presos devoran un gato con arroz; las vejaciones a las que se someten a los miserables soldados licenciados que sirven como demandaderos de los presos, etc.

Lo vio de otro modo Santiago Rusiñol, un barcelonés de casi 40 años en 1898, en una obra teatral de 1903, que no se tradujo al español y tuvo algún problema en su representación: *L'hèroe.* Uno de sus personajes, Joan,

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

el repatriado enfermo, recuerda los últimos días de Filipinas y la despedida de las tropas:

> "Nos daban muchas cruces. Medallas de esto, medallas de aquello, de este santo, de este otro, del mérito de la guerra, del mérito de la paz, de toda clase de méritos. ¡No teníamos nosotros poco mérito! Un general iba recorriendo las filas, creo que vigilando si se descuidaban de medallear a alguno. Y en medio de ellos, como para estropearles la fiesta, nos pasaron a los de las camillas."

Entre los vivos y condecorados estaba, sin duda, "el héroe", que aparece en su pueblo "vestido de rayadillo, gorra de paisano tirada para atrás con dos claveles, cuatro o cinco medallas al pecho, el canuto de la licencia, un bastón a la espalda con un gran hato, muchas coronas y una guitarra". Pronto va a ser el héroe la pesadilla de todos: se niega a trabajar en el telar familiar, seduce a la mujer de su amigo Joan, corrompe a su hermano Andreuet y acaba por gastarse los dineros que los padres han ahorrado para librar al muchacho del servicio militar.

Valle-Inclán pintaría con sarcasmo otro jaque repatriado: el Juanito Ventolera, que es protagonista del esperpento *Las galas del difunto.*

Hacia otra España, el libro de Ramiro de Maeztu, recoge en sus tres partes los síntomas de la contienda ("Páginas sueltas"), la breve lucha militar ("De las guerras") y el balance final ("Hacia otra España"). A medias entre el desplante y la reflexión crítica, el libro lamenta la ausencia de un capitalismo español, la vanidad de la política convencional, la incapacidad de la clase media para producir otra cosa que rábulas y abogadillos. No es casual que Maeztu fuera el primero en advertir que, desde 1890, el teatro de Galdós, que ya era un cincuentón, venía predicando aquello mismo. Buena parte de sus obras dramáticas fueron fervorosas parábolas de economía moral en las que eran temas dominantes la redención espiritual por la ganancia económica y la esperanza de América como tierra de promisión del hombre y la mujer nuevos.

De allí viene Pepet, el protagonista de *La loca de la casa* (un drama de ambiente significativamente catalán), cuya brutalidad campesina y cuyo dinero americano se fusionarán armoniosamente con el misticismo y la abnegación de la aristócrata María Victoria.

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

Puede que este regeneracionismo sea la huella literaria más perdurable del 98, pero se hace muy difícil vincular a una sola fecha el notable cambio de las letras españolas de fin de siglo. Fue cosa bastante más lenta y compleja, como siempre, pero también fue mucho más que un mero motivo político. Si algo lo define, mejor que otra cosa, fue un nuevo pacto entre escritores y públicos: porque hubo, de un lado, muchos más escritores ganosos de fama, y de otro, más público ansioso de literatura, de escritores radicales en sus ideas políticas y literarias y de públicos que iban desde las nuevas clases medias urbanas a los llamados "obreros conscientes".

Advirtamos que la literatura de Gabriell D`Annunzio, las comedias de George Bernard Shaw, los libros de Romain Rolland y Paul Claudel, y hasta las novelas de Thomas Mann y los dramas de August Strindberg y Antón Chéjov fueron hijos de experiencias no menos "noventayochescas" que los de Unamuno, Valle-Inclán o Baroja: un tiempo en el que el escritor comenzaba a ser una referencia de provocación intelectual en días de desconcierto porque la llamada *belle époque* tuvo más de hipócrita que de verdaderamente estable.

También la huella estética es distinta: más personal y, por tanto, también más indefinida. El simbolismo fue el trasfondo gnoseológico de una época que algunos vieron, no sin razón, como una resurrección de los años románticos. No es fácil definir, sin embargo, la función del simbolismo en el arte: que un paisaje aluda a un sentimiento, que una comparación literaria traspase las lindes de lo visionario, que en un objeto se concentre todo un ambiente, que un color sea atrevido y chillón porque comporta una tonalidad más moral que física.

Se entiende mejor cuando Baroja describe un crepúsculo en los suburbios de Madrid; cuando Azorín enumera los objetos estáticos de un zaguán campesino; cuando Valle-Inclán evoca una melancólica tarde en un pazo, o cuando Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez visitan un jardín abandonado donde borbolla una fuente rota. Y también se apreciará mejor la novedad de los procedimientos si no se piensa en compilación, sino en sencillez, en nitidez: ésos fueron los ideales más repetidos por los jóvenes creadores.

De vez en cuando se producen en la historia ciertas coincidencias que convierten una fecha en un hito representativo. No se trata ahora de 1898, sino de 1902.

Ese año ha quedado en la historia de nuestra literatura como el momento en que se consolida una nueva manera de concebir y practicar la novela; lo

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

que parece indicar que una nueva época ha comenzado cuando la expresión estética que ha de dar cuenta del momento que se vive viene marcada por el sello de la radical novela. Que el momento sea precisamente el comienzo de siglo nos permite considerar que lo que aquí comienza no es otra cosa que la novela del siglo XX.

La publicación en un mismo año de *Amor y pedagogía, Sonata de otoño, Camino de perfección* y *La voluntad* nos lleva a imaginar que, más que fruto de un azar, esa irrupción de los cuatro textos parece un designio o manifestación de la misma voluntad que se encarna en una modalidad única. No se trata en ningún caso de la primera obra de su autor, pero sí de la novela que consolida cada línea narrativa peculiar.

Unamuno inaugura ese tipo de relato personal que en humorístico reto denominará "nivela", cuya culminación llegará en 1914 con Niebla y quedará concisamente definido en el prólogo a la segunda edición del texto de 1902.

Valle-Inclán alcanza la insólita perfección de un arte refinado y decadente, ante cuya belleza nos rendimos todos desde entonces, Baroja y Martínez Ruiz realizan, con procedimientos narrativos diferentes, una común reflexión sobre la experiencia de un fracaso vital, objetivada en unos personajes desasosegados, inquietos, atormentados, con sensibilidad en carne viva.

En la novedad que los cuatro escritores aportan, una nota común lo constituye el menosprecio por el elemento argumental. Hasta en el caso de Valle-Inclán, su apariencia más "novelesca" no excluye que todo el argumento de su *Sonata* pueda ser resumido en un breve párrafo.

No es la historia, sino la *vida* lo que pretenden expresar; aspiran a sorprender sus movimientos secretos, su íntimo discurrir y su latido.

Unamuno pretende con sus relatos "de realidades íntimas, entrañadas" indagar en "la verdadera, la eterna realidad, la realidad de la personalidad"; y Azorín afirmará en sus *Memorias inmemoriales* que "había una médula en la vida, independiente de la acción, y era preciso extraerla."

La novela se convierte, pues, en un procedimiento poético de buceo en la experiencia vital para intentar alumbrar el secreto o el misterio que la fundamente. Una nueva novela para un propósito trascendente, de profundo calado, alumbrado, hasta donde es posible, por la inteligencia; tal vez para dejar constancia de su insuficiencia o su limitación. Los cuatro escritores son

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

precisamente los que en nuestro país estrenan el sustantivo "intelectual". Intelectuales afectados por la crisis de la mentalidad positiva, de esa confianza en la verdad de la ciencia que había constituido la médula del siglo XIX y había elevado a los altares de la "religión de la Humanidad" los conceptos de "ciencia" y "progreso". Ciencia puesta en cuestión por Unamuno en *Amor y Pedagogía* al reflexionar en clave grotesca sobre la fuerza de los sentimientos y constatar, ayudándose de una fábula, lo imposible que resulta gobernar los impulsos vitales mediante criterios racionales.

La novela, más que la crítica de la pedagogía positivista, es el guiñol en el que los sentimientos, los sueños, el mismo amor, se encargan de aporrear al títere llamado Avito Carrascal, empeñado tercamente en poner toda su confianza en una ciencia entendida como maestra de la vida.

Del progreso se desentiende Valle, quien escribe ese texto cuya belleza es solidaria de la omnipresencia del pasado; aún más, de un pasado que siempre evoca a otro pasado; en un intento de prescindir imaginativamente de un mundo cuyo único futuro es la muerte, y cuyo presente merece ser desdeñado por mezquino vulgar, "municipal y espeso".

Doña Emilia Pardo Bazán, muy atenta a las novedades del momento, publica en marzo de 1904 en la revista *Helios* un artículo en el que traza un excelente panorama literario del comienzo de siglo: "La nueva generación de novelistas y cuentistas de España".

Sus criterios tienen la solidez de quien conoce bien el tema que trata. Sabe doña Emilia, y así lo afirma, que con Martínez Ruiz y Baroja "estamos de lleno en la corriente modernista" (no podía llamarles de otra manera; todavía faltaban bastantes años para que cambien las circunstancias y Azorín invente la existencia de una "generación del 98"). Estima la escritora que *La voluntad* no es una novela "en el sentido clásico del vocablo"; pero afirma que su autor "ha invertido tres veces más talento del necesario para ser novelista".

Al tratar sobre *Camino de perfección* alude a las visiones de España, la tendencia neorromántica que emana de su fondo, las inquietudes místicas de Fernando Ossorio y su búsqueda de salud en la reintegración de sus instintos naturales; y une los títulos de las dos creaciones para atribuirles un mismo sentido: "Son documentos exactos y útiles para fijar y definir el estado del alma de tantos intelectuales españoles al albor del siglo XX".

Intelectuales que acusan, ante todo, "las influencias mentales del Norte:

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

Nietzsche, Schopenhauer, Maeterlinck". Los tres nombres citados son fundamentales. La búsqueda de una vitalidad imposible en la suprema valoración de los instintos, de la espontaneidad natural, es el motivo del itinerario de Fernando Ossorio por un país de ruinas físicas y morales, entre ciudades muertas y ciudades levíticas; un "camino de perfección" irónicamente anticristiano que comienza a revelarse cuando en el simbólico escenario del abandonado cementerio del Monasterio del Paular entra en conocimiento de Nietzsche, y culmina tratando de redimirse en el hijo, delegando en él esa vitalidad instintiva, salvaje, que la sociedad ya se encargará de ahogar, como se anuncia en las líneas finales.

Nietzsche y Schopenhauer se ponen a prueba en *La voluntad* para dar como resultado la constatación de un fracaso vital y a conciencia de la escisión del yo en un "hombre voluntad", aniquilado por el "hombre reflexión", desarrollado a expensas del primero. Todo ello en un ambiente español presentado y evocado al modo simbolista.

Lo que se impone, pues, no es otra cosa que la dolorosa evidencia de lo incompleto de la vida.

Los novelistas constatan en su indagación poética la imposibilidad de experimentar la vida como unidad y totalidad. La inteligencia los guía, y es el fundamento de una novelística construida sobre supuestos intelectuales, pero destinada a dar cuenta de los fracasos de un *yo* que entiende lo espontáneo como deseado y como imposible.

Martínez Ruiz, en su primer artículo dedicado a reflexionar sobre el arte literario de Pío Baroja, nos habla de la fuerza de sus relatos, de la intensidad de las sugestiones: "Lleva a sus libros vibrantes páginas de observación minuciosa, todas esas vidas, todas esas sensaciones, delicadas unas, brutales otras, crueles, piadosas, pesimistas, risueñas, que él con tanta pujanza y claridad imagina y con tanta desilusión no vive."

Reitera que toda su vida está en el cerebro, y concluye con la paradoja que fundamenta la actitud de este artista moderno: "¿No es esto una compensación extraña? Ser incapaz para la vida y ofrecer la más aguda sensación de vida."

Si en algo se confía es en la palabra, en la literatura, que les permite crear la más *intensa imagen* de la vida. Es la escritura la que les salva y les proporciona la salida adecuada a quienes, desde la inteligencia, contemplan los movimientos de la vida con fascinación y con desconfianza.

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

Ramón María del Valle-Inclán

Melena y larga barba, redondos espejuelos en un rostro huesudo coronado de giróvagas estrellas, así lo vio Bagaría. Formaron halo sus cabellos el mentón rematado en rastro de cometa: "Plúrima barba al pecho te caía", como dijo Machado.

Quiso ser escritor. Artista. Todo lo convirtió en literatura. Denunció la estupidez corrupta de la España de la Restauración que se creía heroica y era resto andrajoso, vampiro de unos hijos apenas alumbrados con luces de bohemio, coletas de toreros, hisopos y cuarteleros sables. Como a los genios nada le fue ajeno, excepto, lo confiesa, "la música de ese teutón llamado Wagner y el amor de los efebos."

Cantó las supersticiones celtas, el satanismo, los paraísos artificiales de la pipa de quif, la flor de santidad, y ante el resplandor de la hoguera se caló la boina roja y sálica de la guerra carlista. Predijo la victoria rusa del año cinco y visitó los frentes aliados de la Primera Guerra Mundial.

En don Ramón José Simón, para él Ramón María, nada fue sencillo. Amigo generoso, arruinado, sin el menor pudor para las broncas, en una con Manuel Bueno quedó manco... ¡Cafetines, bastonazos y escándalos! El frenillo, el ceceo, en el raído traje o envuelto en una capa, formaban, más que un tipo, un personal talante sentimental e insolente. Él, artista total, apuró los extremos de todas las desmesuras para ser ese eximio escritor y extravagante ciudadano que tenía sus cosas, una forma de ver y de contar, porque las habituales se le quedaban cortas...

Y se erigió en hacedor literario: como la realidad no le gustaba ni le satisfacía la gramática literaria, inventó una manera nueva de mirar, y vio al mundo en forma de teatro; se dotó de una retórica y un género literario que fueron, en sí mismos, haz y envés del objeto y el objeto creado.

Se hizo el *esperpento.* El gran guiñol del mundo tuvo en Valle al espectador de la mirada ebria y escindida por los azogues cóncavos del Callejón del Gato, que devuelven la verdadera imagen con sus deformaciones miserables, perdida ya la capa protectora de la piedad. Y tuvo la palabra: el cultismo certero, el desgarro chulesco de la última ramera con los bajos muy limpios, devota de humildad.

España, el Ruedo Ibérico, tragedia griega y tablado de marionetas, presidido por la falsa y licencia de una reina castiza, fue una obscena corrida en

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

el retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte, con militares fanfarrones, rufianes, supervivientes de la guerra de Cuba involucrados en sucias muertes y mercaderes dispuestos a trocar los cuernos de don Friolera por el honor calderoniano.

Denunció para regenerar, patriota, en positivo. Le repugnó la grotesca concupiscencia de grandes y de humildes, le arrebató el pálpito cegador de la belleza, lo inconcreto, el místico temblor, el ebúrneo pie de una aristócrata decadente y enferma.

Mal casado, lloró con dignidad el hambre de sus hijos, dirigió la Academia Española de Roma y se adhirió a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética. Fue republicano. Añoró la hidalguía lúbrico-paternal de un Antiguo Régimen que sintió más piadoso que sus asesinos lobos mercachifles.

Católico si fue, sentimental don Juan, pero no feo.

Pío Baroja

Él se definió, "hombre humilde y errante", con la consciente sencillez del rutinario amante de la familia y de su intimidad que fue.

La insuficiencia de la ciencia en que su siglo –el XIX– tanto había creído y sentirse impotente para evitar el sufrimiento, le llevó a abandonar la medicina y a buscar en la tahona de la tía Juana Nessi, entre harinas y charlas de taberna con intelectuales y con socios del lumpen, las causas del dolor social y el modo de curarlo.

Su querido Azorín percibió la esencia de este hombre fascinado por todo lo creado, hermético y doméstico. El gran torbellino del mundo le ofreció el espectáculo de motines, ajusticiamientos, de la estulticia de humildes y encumbrados, y el de la soledad gustosa. La vida fue para él una pasión orgásmica de exaltaciones y miserias que vio pasar ya desde el territorio familiar, ya desde la impuesta condición de exiliado de una guerra civil que odió.

Vivió aventuras exóticas y las sensaciones más delicadas y las más acres a través de sus personajes y sus fantásticas historias inventadas: fue negrero fracasado, contrabandista vasco, caballero de Erlainz, decepcionado médico, un Juan de Alzate tímido y enamorado, suicida, cura renegado, político de acción, conspirador y el último romántico. Noble con laberintos

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

de sirenas en Italia, mayorazgo errante y despojado de Labraz, blandió navajas por celos de suburbio y fue la delicada y fascinante rusa, y fue la dama errante, o una Susana sensitiva derrotada por miedos heredados. Gozó la sensualidad pervertida de bellezas efímeras, fue mesocrático esposo, o castísimo célibe a veces aterrado por el poder del sexo, o el trémulo tentado... Solitario y solidario, renunció a ser mesías, pero no a compadecer ni tampoco a irritarse.

De niño, pilleando por las calles, le apuntaba el carácter: era tímido retraído que, en ocasiones, se comportaba con osadía. Un individualista un punto atrabiliario ante el caos persistente que se reviste de orden.

Quizá *delicadeza* es el término ajustado al carácter y al hombre de finísima piel moteada por pecas; delicado el tono indefinido de sus ojos y el pelirrojo cabello, muy blanco luego; y delicada la timidez con que siempre trató a quien se le acercaba; con la que amó a los niños y dibujó a las mujeres, comúnmente más adorables que los brutales hombres. Delicado su frío de boina y de bufanda.

Era un vasco sentimental y perspicaz, una sutil mirada sobre un mundo aberrante y cruel que no se le ocultó, como no renegó tampoco de sus gozos. Balzaquiano, él quería retratar la realidad, por eso repitió con parco estoicismo que la vida no era ni buena ni mala, la vida es necesaria. Despreció lo excesivo, ridiculizó la vanidad y la pompa.

Canturreaba cancioncillas vascas que sacaba en sus novelas, en repliegues de intimidad, porque la lengua vasca era para este terruñero cosmopolita la de los afectos vivos; y arias italianas o canciones napolitanas, como el sobrino Julio al que desengañaba de las supersticiones con que se tornan romas y sometidas las mentes infantiles.

Llenó su casa de objetos sencillos y evocadores que él amaba: dibujos y grabados de guerrilleros, de tipos populares, de personajes decimonónicos y millares de libros que leía incansable este erudito sabio. Elogió al sentimental acordeón, a los trotones caballitos de feria y a los gatos que tenía por casa.

Patriota, dogmatófobo y anticatólico. Antitotalitario. También antisemita. Y aliadófilo para la *drôle de guerre*. Desde la última revuelta del camino marchó al cementerio civil; humildemente errante, boina, abrigo y bufanda hacia la tierra inclinada.

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

Echegaray, víctima del 98

"No se trata de dirigir la protesta sólo contra el señor Echegaray, sino contra los que como él representan una España pasada, muerta, corroída por los prejuicios y las supercherías, salteada por los caciques, explotada por la burocracia concusionaria, embaucada por falsas reputaciones." Éste es un párrafo del manifiesto que jóvenes escritores firmaron cuando la revista "Gente Vieja" quiso celebrar el Premio Nobel concedido a Echegaray en 1904.

Entre los firmantes figuraban Azorín, Baroja, Unamuno, Rubén Darío, Maeztu, Antonio Machado, Valle-Inclán y otros. Por primera vez aparecían en un documento los nombres de los componentes de lo que se denominará generación del 98. Por aquellos días, Azorín publicaba un artículo en que decía:

> "Y no sé quién procederá con más patriotismo, si los que incitan al señor Echegaray a proseguir escribiendo estas obras o los que sinceramente pedimos que repose en un sosiego confortador rodeado del cariño de sus amigos."

Ramón Gómez de la Serna, por su parte, dedicaba a don José un mortificante retrato:

> "Los científicos le reputan dramaturgo. Los dramaturgos, gran matemático". (...) "Es presidente de la Tabacalera, el cargo más mullido que hay en España (...). Quizá los académicos suecos reciban cajas de puros."

Y aludiendo a la indiferencia con que Echegaray recibe las críticas, escribe Ramón que don José es "dichoso, glorioso y bizcochoso."

Es famosa la anécdota de Valle-Inclán cuando encerró a su mujer, la actriz Josefina Blanco, en la habitación de un hotel para impedir que actuase en una obra de Echegaray.

Años después, cuando la calle del Lobo de Madrid fue rebautizada con el nombre del galardonado con el Premio Nobel, Valle-Inclán contaba que había escrito a un amigo suyo que allí vivía poniendo en el sobre "Calle del Viejo Idiota, 16" y que la carta había llegado.

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

Así reaccionaba la joven generación de entonces ante el homenaje que la España oficial tributaba al viejo dramaturgo. En los discursos que entonces se pronunciaron, don Segismundo Moret decía por ejemplo, que "la figura del señor Echegaray no está sujeta al análisis". Y Canalejas afirmaba que don José era "la inteligencia más completa y vigorosa de la España actual".

En esto no se equivocaba mucho el político liberal. Echegaray, en efecto, sin dejar de ser una figura en cierto modo pintoresca, vista con ojos del siglo XX, fue lo que en la centuria anterior podía considerarse como "un gran hombre". Matemático, ingeniero y economista, fue ministro en varios gobiernos de siglos distintos entre 1870 y 1905, y fundador del Banco de España en la forma en que ahora lo conocemos.

Se inició como político en las Cortes de 1869, que siguieron a la revolución de la *Gloriosa*, durante el debate sobre la libertad religiosa que vio el triunfo del verbo de Cautelar con su "¡Grande es Dios en el Sinai!". Allí, Echegaray pronunció el célebre "discurso de la trenza". En un lugar de las afueras de Madrid llamado el Quemadero de la Cruz, donde se hacían obras, don José había encontrado una trenza de mujer medio quemada. Contestando a un orador carlista que atacaba la libertad religiosa, empleó todo su sentido teatral e hizo creer al Parlamento que la trenza había pertenecido a una víctima de la Inquisición y se había erizado sobre su cabeza al aplicarle el tormento. Cosechó una clamorosa ovación y Prim le hizo ministro de Fomento.

Su carrera como dramaturgo empezó con el estreno de *El libro talonario,* que presentó con el seudónimo de Jorge Hayaseca, porque por entonces ocupaba también una cartera ministerial. Parece que fue Campoamor quien descubrío que el autor era Echegaray.

Escribió más de setenta obras y tuvo estrenos delirantes. Luego, su teatro fue sustituido por el de Benavente y se hicieron parodias de sus dramas. En nuestros días hay una cierta revaloración de su obra. Algún crítico ha querido ver en su *El Gran Galeoto* un antecedente de *Seis personajes en busca de su autor*, de Pirandello.

Pero para la generación del 98, Echegaray representaba, quizá no del todo justamente, y debía pagar las culpas de la "España vieja".

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

Memoria del 98

Acontecimientos literarios (1895-1902)

1895. Juan Valera, *Juanita la larga.*
José María de Pereda, *Peñas arribas.*
Leopoldo Alas Clarín, *Teresa.*
José de Echegaray, *Mancha que limpia.*
Joaquín Dicenta, *Juan José.*
Vicente Blasco Ibáñez, *Flor de Mayo.*
Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo.*
José Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios.*

1896. Armando Palacio Valdés, *Los majos de Cádiz.*
Leopoldo Alas, Clarín, *Cuentos morales.*
Ángel Ganivet, *Granada la bella.*
Joaquín Dicenta, *El señor feudal.*

1897. Ángel Ganivet, *Idearium español* y *La conquista del Reino de Maya por el último conquistador Pío Cid.*
Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra.*
José Martínez Ruiz, *Charivari (crítica discordante).*
Salvador Rueda, *Camafeos.*
Ramón del Valle-Inclán, *Epitalamio (historia de amores)*
Se funda la revista "Germinal".

1898. Benito Pérez Galdós inicia la tercera serie de los *Episodios Nacionales*
Vicente Blasco Ibáñez, *La barraca*
Emile Verhaeren y Dario de Regoyos, *España negra.*
Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España.*
Jacinto Benavente, *La comida de las fieras.*
Carlos Arniches, *El santo de la Isidra.*
Francisco Villaespesa, *La copa del rey de Thule.*
Se fundan "La revista Blanca" (anarquista) y "Vida Nueva".
Juan Valera, *Morsamor.*
Emilia Pardo Bazán, *Cuentos sacroprofanos.*
Armando Palacio Valdés, *La alegría del capitán Ribot.*
Damián Isern, *Del desastre nacional y sus causas.*
Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional.*
Ramiro de Maeztu, *Hacia otra España.*
Ramón del Valle-Inclán, *Cenizas.*
Se funda la "Revista Nueva."

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes

1900. Joaquín Costa, *Reconstrucción y europeización de España.*
Luis Morote, *La moral de la derrota.*
Miguel de Unamuno, *Tres ensayos.*
José Martínez Ruiz, *El alma castellana.*
Pío Baroja, *Vidas sombrías.*
Manuel Bueno, *Almas y paisajes.*
Juan Ramón Jiménez, *Ninfeas y Almas de violeta.*
Eduardo Marquina, *Odas.*

1901. Pío Baroja, *La casa de Aizgorri.*
José Martínez Ruiz, *Diario de un enfermo.*
Felipe Trigo, *Las ingenuas.*
Benito Pérez Galdós, *Electra.*
Joaquín Costa realiza en el Ateneo su informe-encuesta sobre *Oligarquía y caciquismo en España. Urgencia y modo de cambiarlas.*

1902. Benito Pérez Galdós comienza la cuarta serie de *Episodios Nacionales.*
Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español.*
Vicente Blasco Ibáñez, *Cañas y barro.*
Pío Baroja, *Camino de perfección.*
José Martínez Ruiz, *La voluntad.*
Ramón del Valle-Inclán, *Sonata de otoño.*
Manuel Machado, *Almas. Poesías.*
Juan Ramón Jiménez, *Rimas.*

ACTAS XXXIX (AEPE). Clara María MOLERO PEREA. El desastre del 98 en la literatura
Centro Virtual Cervantes